|  |
| --- |
| **Propuesta para el retiro del mes de julio de 2018** |

**Elaborado por: Trinidad León Martín, m c**

****

Sin alejarnos de sentido jubilar de los 800 años de la Merced que estamos celebrando, es más, introduciéndonos cada vez más en él y buscado de todas las maneras posibles entrar en lo más hondo de su significado. Tratamos, en este día de Retiro de descubrir las muchas y muy diversas formas que tiene el Señor para hacernos vivir la redención, sentirnos personas redimidas aun en lo más sencillo y cotidiano de nuestra vida.

Este mes de julio, que invita a buscar el descanso, el cambio de la rutina diaria por otros espacios, experiencias y relaciones quizá olvidadas o no tenidas demasiado en cuenta, no está de más volver a recordar el sentido redentor que puede y debe tener para nosotras estos días “diferentes”, o de cambio de lugar y actividad..., de vacaciones.

Ya hemos afrontado el tema en otras ocasiones, hoy lo retomamos bajo la misma perspectiva: ***“el descanso que nos pide el Señor”.*** Veamos cómo y de qué manera podemos hacer de nuestro descanso material y físico una oportunidad para fortalecer nuestros lazos de relación liberadora con el Señor y con las personas que nos rodean. Dejémonos llevar por la fuerza del Espíritu a ese “remanso de paz” que todas anhelamos y alegrémonos de lo que nos regala en este día.

1. *El descanso en la Escritura: tiempo de encuentro desde el ser*

Nuestras comunidades, como afirman las Constituciones y el Directorio, son comunidades *teologales*: dicen al Dios Trinidad y se dicen desde la Trinidad divina, tanto en su ser: *Comunidad-Comunicación*, como en su hacer: *Creación-Redención-Santificación*. En torno a esta concepción fundamental de nuestra fe se desarrolla nuestra vida consagrada, centrada en Jesucristo Redentor (por mucho que lo repitamos nunca está de más tenerlo en cuenta).

* Todas y cada una de las hermanas tenemos la misión de ser **creadoras** de vida - ***defensoras*** de la vida y ***alentadoras*** de la vida. ¡Siempre!

La REDENCIÓN ofrecida por el Dios Comunión de Personas, se entiende dentro del reconocimiento personal y social, actual e histórico, de la culpa y del pecado. Realidades que hoy pasan desapercibidas o son indiferentes a la sensibilidad de muchas personas, incluso de las que se confiesan creyentes. La redención es un hecho que acontece, tiene lugar, dentro de un mundo que conoce el sufrimiento, pero pretende ocultarlo, reconoce el pecado, pero lo ignora. Con todo, y aunque no parezca relevante, nuestro mundo conoce y anhela, aún con mayor fuerza, la fuerza liberadora del perdón y del amor compasivo de Dios.

La cruz, el patíbulo sobre el que murió Jesús de Nazaret, se ha convertido en signo del *Dios compasivo*, más que del Dios *vengativo* que predominó en la conciencia de los creyentes durante muchos siglos. Dios es un *PadreMadre* que compadece con su pueblo, sufre sus debilidades y sus esclavitudes. Tanto que su Amor se desborda y se da para la salvación de todos. Pues “Dios quiere que todos los hombres se salven” (1Tm 2,4).

Pero, para recibir redención hemos de tomar conciencia de todo lo que nos esclaviza, tener experiencia de nuestra debilidad y del pecado al que renunciamos al unirnos a Cristo. El pecado nos asedia sin cesar: en forma de orgullo, ambición, ira, indiferencia, acomodo a un estilo de vida insolidario, y dureza de corazón ante el sufrimiento de los demás, ansias de ejercer el dominio sobre todo y sobre todos, etc. Pues, aun así, hemos sido, ¡somos!, personas salvadas, redimidas por amor: “Me amó y se entregó por mí” *(Gál 2, 16. 19-21).* Esto es la redención y en esto consiste vivir centradas en Jesucristo Redentor, en saber de ese gran Amor y desear ardientemente que los demás lo conozcan y lo experimenten.

En los primeros meses de su pontificado, Francisco nos hizo llegar su palabra a través de la Encíclica *Evangelii gaudium*. Allí nos hace ver que el encuentro con Jesús es un encuentro liberador, y eso, para nosotras, para todo ser humano, supone “un descanso del alma”.

* “*La Alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría.”*

Pues de esto se trata, de saber descansar del agobio interior y del estrés que invade muchos momentos de nuestra vida: las relaciones, el trabajo, las enfermedades… Todas esas cosas que parecen y son de lo más normales, pero que, realizadas de manera estresante acaban por coartarnos la libertad y con ello la alegría de vivir. Por eso nos preguntamos:

* ***¿Hemos vivido la experiencia personal y comunitaria, de gozar de la redención en forma de “descanso”, el descanso que nos pide y nos ofrece el Señor?***

1. El descanso como “ley” (llamada a vivir en equilibrio entre el ser y el hacer)

Y seguimos con el mismo argumento que nos viene acompañando hace años, en realidad, está presente en las exhortaciones que el padre Zegrí os hace, “ser mujeres de acción y contemplación, si bien a lo largo de los años un plato estuvo mucho más cargado que el otro, y puede que entre las jóvenes siga siendo así…, para un gran número de hermanas, la misma condición humana nos lleva a explorar, ahora con mayor empeño y cierta sabiduría, el horizonte de la contemplación de los dones de Dios y de su acción salvadora. En el Antiguo Testamento, a Dios se le identifica como El que Ama, el Santo, el que se preocupa por todo lo que crea…

*Así dice el Señor, tu Redentor, el Santo de Israel:  
Yo soy el Señor tu Dios, que te enseña para tu beneficio,  
que te conduce por el camino en que debes andar…*

“Ten presente el sábado, para consagrárselo al Señor, tal como el Señor tu Dios te lo ha ordenado. Trabaja seis días y haz en ellos todo lo que tengas que hacer, pero el séptimo día es de reposo consagrado al Señor tu Dios. No hagas trabajo alguno en ese día, ni tampoco tu hijo o tu hija, ni tu esclavo o tu esclava, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguno de tus animales, ni el extranjero que vive en tus ciudades, para que tu esclavo y tu esclava descansen igual que tú. Recuerda que también tú fuiste esclavo en Egipto, y que el Señor tu Dios te sacó de allí desplegando gran poder. Por eso el Señor tu Dios te ordena cumplir con el día de reposo.” (Dt 5, 12-15)

El “sábado” es *un día*, pero el sentido del *día de descanso* es mucho más amplio. La finalidad del descanso que pide el Señor es consagrar tiempo para vivir la relación con Dios y con los demás, incluso con las criaturas y con la naturaleza que nos rodea. El trabajo puede llegar a ser una esclavitud si lo convertimos en el centro de nuestra existencia. Esclavitud que conlleva dolor, violencia interior, opresión…, Dios nos quiere libres también de esto que nos ata a veces sin que seamos conscientes de ello. Nuestra manera de concebir el trabajo puede llegar a convertirse en una forma de avasallar y dominar a aquellas personas con las que convivimos.

Podemos buscar el descanso de muchas maneras, la sociedad hedonista, consumista y materialista en la que existimos, ofrece un amplio mercado de supuesto “bienestar” a la carta. En el fondo muchas de esas ofertas terminan por convertirse en tiempos de agotamiento y desasosiego… Son días que desarraigan y decepcionan. No nos sirven. De eso saben mucho los/las orantes del Antiguo Testamento:

*“Sólo en Dios halla descanso mi alma;  
de él viene mi salvación.”* (Salmo 62, 1)

Sabemos dónde encontrar reposo para nuestro espíritu, pero no siempre estamos dispuestas a vivir en esa obediencia a la palabra que ilumina bondadosamente un sendero interior de serenidad y paz…, creemos más en nuestro criterio que en aquello que consideramos dejadez o falta de atención a nuestro compromiso. Nada nuevo, por lo visto:

*El Señor dice a su pueblo: “Paraos en los caminos y mirad,*

*preguntad por los senderos antiguos,*

*dónde está el mejor camino;*

*seguidlo y encontraréis descanso.*

*”Pero ellos dicen: “No, no queremos seguirlo.”* (Jr 6, 16).

Nos olvidamos de lo más importante, de lo que al fin será la única meta y el único lugar y estado hacia el que caminamos.

*El Señor es mi pastor, nada me falta;  
en verdes pastos me hace descansar.  
Junto a tranquilas aguas me conduce*. (Sal 23, 1-2)

Tener esto presente y hacer de toda actividad un marco dentro del cual nuestra vida esté y permanezca orientada a alcanzar la sabiduría de las cosas y de todo el trabajo realizado. Eso es vivir el descanso como parte de la acción-misión. Si no logramos vivir en este estado de armonía interior, de descanso en medio de todo quehacer, sentiremos el vacío que deja la actividad desenfrenada. Lo que creemos misión, puede llevarnos a la esclavitud. La misión que tiene su *descanso* en Dios, es liberación, es don. La que no haya paz para el espíritu, eso es esclavitud, por mucho que lo llamemos *abnegación*.

1. Trabajar y descansar al estilo de Jesús: la entrega desde el corazón apaciguado

Si se trata de trabajar por el Reino y su justicia, por la redención del mundo, lo primero que debemos tener presente es el conocimiento de Dios. De cómo es *ÉL/Ella*, de cómo actúa, de lo que quiere que hagamos y de cómo quiere que lo hagamos … Es decir, se trata de *mística* (intimidad), antes que de *derroche* de fuerzas. Escuchemos las palabras de Jesús.

*Mi Padre me ha entregado todas las cosas. Nadie conoce realmente al Hijo, sino el Padre; y nadie conoce realmente al Padre, sino el Hijo y aquellos a quienes el Hijo quiera darlo a conocer. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os haré descansar. Aceptad el yugo que os impongo, y aprended de mí, que soy paciente y de corazón humilde; así encontraréis descanso. Porque el yugo y la carga que yo os impongo son ligeros.” (Lc 11, 25-30).*

El Cristianismo es la única religión que yendo más allá de la experiencia del *Dios Absoluto y Trascendente,* dice que se revela a la historia, actuando en ella, salvándola, en un ser humano concreto que conoce a Dios y lo da a conocer, Jesús de Nazaret: *“Nadie ha visto jamás a Dios; el unigénito Dios, que está en el seno del Padre, Él le ha dado a conocer”* (Jn 1,18). La experiencia que el antiguo pueblo de Israel nos trasmite de Dios, es un paso necesario, pero no el definitivo. A Dios debemos reconocerlo como uno más entre los hombres. Un ser humano que asume una condición creada por él mismo.

En esta condición de ser humano, *sometido a la ley* de nuestra naturaleza corporal, Jesús conoce el cansancio que produce la actividad física, aun siendo esta una entrega generosa por el Reino. A Jesús no tenemos que explicarle cómo nos sentimos después de un día o muchos días de trabajo…, conoce perfectamente esa sensación de cansancio, de agotamiento, a veces de desencanto, de verdadera decepción.

*“¿A qué compararé la gente de este tiempo? Es comparable a los niños que se sientan a jugar en las plazas y gritan a sus compañeros: ‘Tocamos la flauta, y no bailasteis; cantamos canciones tristes, y no llorasteis.’ Porque vino Juan, que ni come ni bebe, y dicen que tiene un demonio. Luego ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen que es glotón y bebedor, amigo de gente de mala fama y de los que cobran impuestos para Roma. Pero la sabiduría de Dios se demuestra por sus resultados.”* (Mt 11, 16-24).

A Jesús nada le pasa desapercibido. Por más que él nos ofrezca la mejor de sí y nos haga ver lo mejor para nosotros, somos como niños: Os suena ese “me aburro…”. No encontramos el encanto de la contemplación ni mucho menos del saber estar unidas, simplemente. Sin otro quehacer que el de saborear el don de la vida y de todo lo que se nos da con ella. Pues Jesús mismo nos enseña:

*Después de esto, los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Jesús les dijo:*

*–****Venid, vosotros solos, a descansar un poco a un lugar apartado****.*

*Porque iba y venía tanta gente que ellos ni siquiera tenían tiempo para comer. Así que Jesús y sus apóstoles se fueron en una barca a un lugar apartado*. (Mc 6, 30-32).

Nosotras nos encontramos entre las seguidoras y discípulas que aprenden del Maestro a buscar momentos de descanso, para estar a solas con él y conocer a Dios a través de sus palabras, de sus gestos, de su mirada llena de comprensión y de ternura. Nadie puede hablarnos de Dios como lo hace el Hijo, dejando en nuestro corazón las palabras encendidas por el Espíritu. Y si no conocemos a Dios…

* + ***¿cómo podemos hablar de Jesús, de su llamada al descanso reparador, actuar en su nombre,*** ***en medio de una sociedad que busca el descanso en cualquier lugar menos en la intimidad del corazón…?***

1. Un *descanso* redentor, en medio de una sociedad con muchas esclavitudes

Retomamos el texto de la *Evangelii gaudium* con el que dábamos comienzo esta reflexión en el día dedicado al buscar el encuentro con el Señor y el descanso que él quiere:

*“La Alegría del evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”.*

Los profetas expresan la acción redentora enraizada en un amor que hunde sus raíces en la creación misma, y ésta como un vínculo de pertenencia al que Dios no puede renunciar: “yo soy vuestro Redentor”, aunque eso le suponga el pago de un alto precio. Nuestro descanso, nuestra paz, es su propio descanso… El Dios de Jesucristo, nuestro Dios *Padre de Misericordia*, está volcado en nuestra liberación. Le interesamos, no solo lo que hacemos, sino lo que somos: ¡esta es nuestra alegría!

*Isaías dijo:*

*«Ahora, pueblo de Israel, Dios tu creador te dice: “No tengas miedo.*

*Yo te he liberado; te he llamado por tu nombre y tú me perteneces.*

*Aunque tengas graves problemas, yo siempre estaré contigo;*

*cruzarás ríos y no te ahogarás, caminarás en el fuego y no te quemarás*

*porque yo soy tu Dios y te pondré a salvo.*

*Yo soy el Dios santo de Israel.*

*”Israel, yo te amo; tú vales mucho para mí.  
Para salvarte la vida y para que fueras mi pueblo,  
tuve que pagar un alto precio.”* (Is 43,1-4)

Estas palabras están dichas para cada ser humano, miembros todos/as del “Pueblo de Dios”. Esta es nuestra gran alegría y esta es la alegría que tenemos que compartir siendo lo que somos: *mercedarias de la caridad*; mujeres experimentadas en la liberación, en todas y cada una de sus facetas, incluida esta tan necesaria para la convivencia social: el descanso merecido y reparador de nuestras fuerzas. Pero, ¿Cómo vivirlo?

1. Un descanso con sentido profético, sentido de *Reinado* divino

La profecía mesiánica de *Isaías 61*, la que Jesús asume como programática para su ministerio público, llama a la conversión, al cambio de los poderes establecidos y consolidados como inamovibles. Pero el Mesías se presenta como alguien ungido, capacitado y enviado por Dios para cambiar la situación de aquellos que están oprimidos por estos estatus: políticos, económicos, religiosos incluso… y se encuentran en gran necesidad. Jesús vine para dar la libertad a los cautivos (v. 1) y consuelo a los tristes (v. 2). ofrece “gloria en vez de ceniza…, gozo en lugar de luto…, alegría en lugar de angustia” (v. 3). Jesús vive esa misión siendo el “Siervo doliente de Yahvé” *(Is cap. 40-55).* Ser con Jesucristo agentes de redención y liberación no nos exime de compartir el *pathos* (la pasión) redentora, al contrario, no lleva a asumirla con mayor sentido de comunión y responsabilidad.

Para ser de verdad colaboras de la redención con Cristo, tenemos que estar *convertidas a él*. Jesús mismo anunció una conversión en Lucas *capítulo 6,* que nace de la aceptación de la redención que él viene a traer. Y Las bienaventuranzas, en la forma en que las registra el tercer evangelista, contienen las claves necesarias para vivir ese estilo de vida tan poco apetecible para el mundo, pero tan refrescante para los que mantienen su mirada puesta en los valores no perecederos.

El tiempo de descanso para los amigos y amigas de Jesús no es, no ha sido nunca, tiempo para alejarse de la realidad, sino tiempo para contemplar la realidad desde la perspectiva de la esperanza compartida, de la quietud del alma…: también nosotras somos vigías del horizonte de paz, de justicia, de amor… Hemos de dar tiempo para dejar manar dentro de nosotras estas aguas cristalinas que refrescan la vida cotidiana y se convierten en ríos de paz capaces “de inundar, sin destruir” (beato Zegrí), la vida de las demás criaturas.

Mateo, en el capítulo 25 de su evangelio, plantea abiertamente que el trabajo redentor se realiza, con frecuencia, desde las acciones más pequeñas, aquellas que apenas se ven y que, desde luego, no tienen por qué llevarnos al estrés, al contrario, son un camino de verdadero “tiempo en el Señor”, entregado a él a través de las criaturas menos significativas para el mundo, pero muy importantes para el Señor. Porque Él está a ahí, en cada ser amado gratuitamente y en cada acción realizada desde la paz del corazón. No se trata de realizar cosas extraordinarias, sino de hacer de lo más ordinario una acción extraordinariamente liberadora.

*…somos embajadores en nombre de Cristo; y como*

*Dios os exhorta por medio nuestro, rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios! Al que no conoció pecado,  
por nosotros Dios le hizo pecado."* (2 Corintios 5,20,21)

“Somos embajadores de Cristo”. La *diplomacia mediadora* está de moda, y, de hecho, gracias al trabajo de países verdaderamente democráticos se van evitando muchas guerras; gracias al gran nivel alcanzado por los agentes que negocian la paz y evitan los conflictos, no siempre, pero en buena medida...

En cualquier lugar en el que nos encontremos, la Vida Consagrada (mujeres y hombres) “somos embajadores de Cristo”, no del Vaticano, ni de nuestra propias Congregaciones… Lo somos de la Iglesia. Y en mucha mayor medida, del ***Reinado de Dios***. *Reinado*: en verbo activo, no en sustantivo estático, no como un espacio o lugar concreto del planeta o del universo, sino como una actitud que surge y nace de lo más íntimo del ser humano.

***El Reinado de Dios*** es un estado en el cual la persona se reconoce viviendo y actuando en un señorío que le ofrece equilibrio, paz interior y dignidad, de tal modo que todo lo que es “su mundo” y le es indispensable para vivir, cobra otro sentido. Estas palabras podrían decirse de cualquier realidad, una realidad tan común en nuestra sociedad como es la búsqueda de días de reposo y de renovación de fueras a todos los niveles. Tiempo para descubrir, como Pablo, después de todos sus afanes que:

*“…cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”* (Filipenses 3:1-8).

***Reinado*** es acción; compromiso, empeñarse por hacer sentir a todos los hombres y mujeres del mundo, de la historia, el amor de *Caridad* liberadora que es Dios. A nosotras se nos ha confiado vivir como “embajadoras de este reinado” que tiene su vertiente material y espiritual, pues *somos del mundo, si bien no le pertenecemos*…El mundo no es nuestro señor, nuestro único Señor es Jesús Redentor. Todo lo que es propio de nuestra identidad está grabada por el Espíritu en nuestros corazones. En esta actividad por el reino de Dios, el mismo Jesús se ve empujado por el Espíritu para buscar momento de soledad en los que reparar fueras y volver a clarificar el sentido esencial de la entrega: Dios.

Eso se tiene que notar incluso en los momentos de relax que ofrece la sociedad como los espacios de ocio, que en verdad son espacios de consumo: las vacaciones. Un descanso que la sociedad vive con un fuerte sentido hedonista (de gozo material y personal desenfrenado); y que nosotras, como personas cercanas al proyecto de Dios, hemos de iluminar desde una perspectiva mucho más creativa y gratificante para el espíritu. No basta con ir unos días de playa, cambiar de actividad, estar con los familiares y amigos y hacer lo que ellos hacen, sin ofrecerles ninguna alternativa de nuestra parte… Deberíamos tener en cuenta palabras como estas:

* *“Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mirada en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”.* (Col 3, 1-4).
* *“Por tanto, no os preocupéis, diciendo: ¿Qué comeremos? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan ansiosamente todas estas cosas; que vuestro Padre celestial sabe que necesitáis de todas estas cosas. Pero buscad primero su reino y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas*… (Mt 6,32-33).

1. La *teología de la Vida Consagrada* se expresa como una visión social e incluso política de la *teología de la redención*.

Sabemos que la Vida Consagrada es un desafío permanente en sí misma, en todas sus dimensiones, incluida la del descanso. “Consideramos un gozo y un compromiso real con Dios, la Iglesia y el mundo, vivir el evangelio en clave redentora…”. Como venimos diciendo, haber profesado en la Iglesia el estilo de vida de Jesús de Nazaret nos compromete a estar siempre alerta ante los signos de vida y de muerte, los gritos de dolor, y también de gozo, de alegría y también de cansancio que la sociedad, o mejor dicho, la pluralidad de sociedades en las que nos realizamos como *mercedarias de la caridad*, nos lanzan de forma constante y con urgencia: *“pues el amor de Dios nos urge” (2 Cor 5, 14)*. La caridad redentora debe mantenernos despiertas, dispuestas siempre y en todo lugar y situación a dar lo mejor de nosotras; es más, a darnos por completo, pero desde la serenidad y equilibrio interior.

La defensa y el cuidado de los pobres, la opción por su causa, la lucha por la justicia y la transformación de la historia… son desafíos para toda la vida, y siempre urgentes. *“Pobres los tendrán siempre con ustedes”*, dijo Jesús. Y añade: *“He venido para salvar lo que estaba perdido…”* (Mt 18,11).Pero esas acciones redentoras, esos compromisos carismáticos comienzan por liberar de angustia y desasosiego a quienes optan por seguir las huellas del Redentor.

Jesús nos quiere liberar de esclavitudes mucho más íntimas, menos evidentes, más sutiles…, cadenas que arrastramos en primera persona y que estamos más dispuestas a relativizar, a no darle importancia, aunque debiéramos hacerlo. Solo desde la libertad personal vivida y experimentada personalmente podemos ofrecer liberación. En ese sentido nos preguntamos:

* ***¿Dónde situamos el sentido redentor del tiempo que dedicamos a servir?***
* ***¿Nos dejamos liberar o nos dejamos esclavizar por el continuo ajetreo del mundo, incluso en tiempo de descanso como el que estos meses nos ofrecen?***

Redimir nuestro *tiempo de descanso* es dedicar espacios de silencio, soledad y discernimiento para:

* considerar la necesidad de ofrecer un servicio de acogida sincera de la otra persona,
* prestar atención al acompañamiento sereno y compasivo,
* vivir un compromiso abnegado con los verdaderos problemas de la gente, no con los que nosotras, desde nuestra cultura y nuestra realidad religiosa o social, creemos ver.
* Para no ser o parecer una gran ONG…, la entrega por el Reino es nuestra carta de identidad. *No hacemos merced a tiempo parcial ¡Somos merced, cuando trabajamos y cuando descansamos!*
* mostrar el camino de la autonomía personal y el valor del esfuerzo que reafirma a la persona en su dignidad personal. Por ello, en nuestro estilo de vida, ahora más que nunca, necesitamos conjugar armoniosamente:

***Contemplación***, (descanso con el Señor) y ***misión*** (por el Reino). Ambas dimensiones van al unísono en la acción redentora de la obra mercedaria. Tomamos un texto que pone de relieve la manera en que Jesús ve la misión y su fuerza salvadora unida a la vida de oración… Por ejemplo:

“…Pero Jesús, tomándole de la mano, le levantó y él se puso en pie. Cuando Jesús entró en casa, le preguntaban en privado sus discípulos: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsarle?» Les dijo: «Esta clase de demonios con nada puede ser arrojada sino con la oración y el ayuno”.**(Marcos 9, 14-29)**

De Jesús tenemos que aprenderlo todo: tenemos que aprender a ser “santos” como Dios es “Santo”, y a ser hombres y mujeres que asumen que ese camino de santidad supone etapas en las que nuestra condición humana cuenta, la ley de la degradación física, del sufrimiento moral, de las enfermedades, de las decepciones… Pero sobre todo, de la alegría que el mundo busca y de la que nosotras podemos dar testimonio. Es decir, de todo aquello que nos recuerda la llamada de Jesús: “

*–Venid, vosotros solos, a descansar un poco a un lugar apartado.*

* ***¿Estamos dispuestas a entrar en ese espacio de “DESCANSO” junto a Él, aprender de Él a vivir en el remanso de paz que el mundo no puede dar y que Dios nos regala…?***

Aprendamos a liberarnos a través del descanso que Dios nos da y del que quiere vernos gozar.

Aprendamos a ser testimonio también desde esta dimensión de la vida personal, comunitaria y social. Hay un descanso precioso que nos espera tras cada día de entrega, y es ejercicio que nos enseña a vivir de cara a lo que será la “*Menuha*” final: *las aguas tranquilas y los prados frondosos a los que Dios nos conduce.* (Sal 23)

[Propongo que, allí donde sea posible, a medida que se vaya entrando en la reflexión del tema, se vaya dando respuesta a las cuestiones planteadas, u otras que surjan, con toda serenidad y ánimo de conversión personal y comunitaria. Una revisión de vida centrada en nuestra manera de vivir el tiempo de descanso…].